

Post-mortem

Tomas Owen

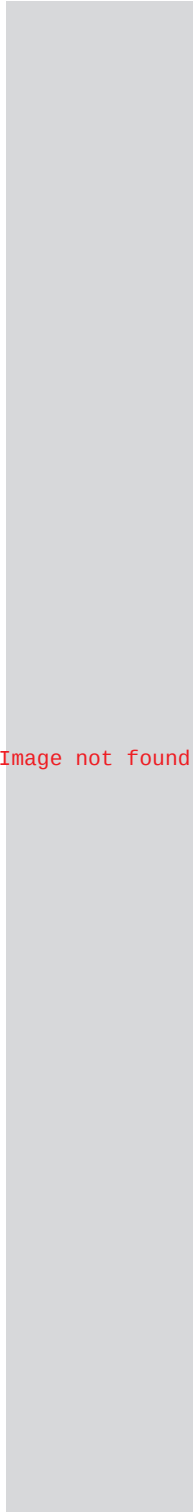


Image not found.

Capítulo 1

Post- Mortem

Ha de sonar el despertador por última vez, aquel que está escondido bajo una pila de trapos y que olvidaste apagar; el sonido es mucho más irritante cuando no has dormido, al final de unos segundos de escarbar entre tu ropa lo encuentras y lo apagas. Das ese vistazo a tu departamento, que bien sabes significa el adiós, y por eso te duele.

Observas los rincones donde tantas veces te sentaste a echar raíces de olvido, ahogando lágrimas que se cristalizaron con el suelo, y que han de vivir para siempre; escuchas como los recuerdos te hablan a cada paso que das por aquel lugar, añoras el pasado que paso de prisa, mientras te quejas de un presente que no es hoy.

Te despides del hogar que llevas en la mano, ese que hace tum-tum, tum-tum como loco, que suena a tambor viejo y que además hace mucho tiempo perdiste, debido a una enfermedad terminal que te invadió en todo el cuerpo sin consuelo alguno. Decides que es hora de partir, y le ruegas a tus piernas que te ayuden por última vez, que se levanten y que anden, que se te hace tarde.

Caminando, caminando, llegas al puente caminando, aquel que une a las dos ciudades. Sigues tu camino hasta el epicentro de la vida y te detienes, poco tiempo después empiezas a sufrir por el aire que te ahoga la mirada y un cielo que te rosa los tobillos; bajas tu mirada y ves al vacío lleno de agua, la observas detenidamente, ves como fluye por debajo del puente con un cierto grado de armonía, y piensas que así debería de terminar tu vida, fluyendo con cierto grado de armonía y delicadeza. Y así, sin más, te comes el miedo a pedazos, y das ese paso que te separa de todo, y de todos, te envuelves con el manto de una noche estrellada mientras surcas sus entrañas, te acompañas además de un sombrero de luna creciente, y un par de botas de plomo que te sumergen en las profundidades de la vida.

En una noche vestida de lluvia, vuelves a sentir el hormigueo de tus dedos gordos e hinchados por la falta de vida. Te despiertas de un solo golpe, y te sientes torpe. Amaneces a la orilla del río amedrentado por la corriente de tus penas; te levantas para volver a caer, las náuseas se apoderan de tu piel violácea, no te sientes del todo bien y empiezas a escupir cuanto hay en tus entrañas. El reflejo de tu rostro termina por aniquilar el rescoldo de cordura y empiezas a gritar, tratas de llorar pero tu rostro y tus conductos lagrimales se han hecho añicos, al igual que muchas partes de tu cuerpo han dejado de funcionar. Ahora vives por la voluntad de algo más alto y digno que tú persona, algo que sin duda es eterno y vive de tu alma: la muerte.

Percibes el fétido hedor del viento, te asqueas y buscas refugio en algún otro lugar, pero luego te das cuenta que ese aroma viene de tu cuerpo y que ya no tiene caso esconderte. Esperas sentado sobre unas rocas a la orilla del río, observas el punto más alto del puente del cual te lanzaste, quieres creer que esa herida ya no duele, esa, la del corazón, la que te

llevo al extremo del suicidio, te palpas el pecho comprobando que todavía palpita ese pequeño órgano, y que, en cada latido sientes como una daga se te incrusta en el recuerdo de un amor imposible.

Escuchas como los árboles que se encuentran a tu espalda empiezan a llorar, observas como sus ramas y raíces empiezan a desfallecer, volviéndose cenizas y perdiéndose en el aire. Buscas al culpable de esto y volteas en toda dirección, regresas tu mirada al río, encontrándote con la misma imagen del diablo. En otras circunstancias hubieses corrido de aquel lugar, sin embargo, ya no tenía caso eludir a la muerte. Sientes que la vida te privó de la sobriedad y tranquilidad de la naturaleza, la cual poco a poco va regresando, la sabiduría que te aborda después de la muerte se va metiendo debajo de tu piel, mientras esta se va a deformando.

Aquella sombra tomó la forma de un anciano, mientras se sentaba a lado de Julián, este esperaba a que su víctima pusiese en orden su vida y estuviese listo para partir. Pasaron tres días sin que ninguno dijese algo, Julián simplemente suspiraba después de lograr la paz con alguno de sus demonios, y la muerte simplemente lo miraba cada vez que esto pasaba.

- ¿No hay algo más que tengas que hacer?- preguntó, como si fuesen viejos amigos; no existía necesidad de explicaciones o lamentos culposos, la vida le había susurrado al oído todas las verdades que necesitaba y por eso Julián estaba tranquilo.

- Soy una extensión de tu alma, fui concebido en el mismo momento de tu creación, no tengo mayor prisa que la tuya, en ti está el deseo de seguir adelante o permanecer varado en este lugar.

- ¿Seré capaz de hacer una última cosa antes de partir?

- Si eso es lo que realmente quieres, se hará de inmediato- esperó la muerte a que Julián asistiera para entonces tomarlo del brazo e irse de aquel lugar.

Se encontró nuevamente en la casa de Julián, en su sala de estudio. Aquel lugar se percibía diferente, con aire melancólico y a la misma vez un tanto bohemio; las luces eléctricas no servían, sólo había velas; su ordenador había desaparecido como todo lo demás que no fuese importante, sólo quedaba papel y tinta. De inmediato, Julián comenzó a escribir la carta que jamás fue escrita, diciendo lo que jamás se ha dicho, sintiendo nuevamente el amor en su lecho culposo, mientras lo dejaba libre en aquel pedazo de papel; aquella carta era la última esencia de su alma, y estaba dispuesto a dárselo a alguien más.

27 de febrero

Para Mariana:

En dos palabras te resumiré esta carta, las cuales leerás al final de estas páginas. Hoy ya me voy, no volveré, es posible que para cuando leas esto, ya habré de estar en aquel lugar al cual te dije que le tenía miedo. Me voy tranquilo, he vivido bien, he vivido gran parte de mis días amándote y por eso no me arrepiento; me iré complacido si de ti recibo una lagrima que cubra el gasto de mis noches en vela y mis desamores, que como tú sabes, me has hecho muchos. Encontré en ti, Mariana, el ser más hermoso, vivaz y apasionado, pero también encontré a alguien volátil, caprichosa e indecisa.

He recibido el alba de un nuevo día imaginando que tu espíritu esta junto al mío, queriéndote decir mi amor, aunque ese título no me pertenezca, no por ello me quita la alegría de verte sonreír. He pasado la vida

buscando una flor que te haga justicia, sin embargo, sólo he llenado en vano tu jardín de rosas que no se comparan contigo, tal vez por eso no te has enamorado. Eres el superlativo de todas mis pasiones, en ti he dejado la esperanza más furtiva, en ti esta mi única pizca de fe. Lo triste es saber que mi destino aguarda, sin embargo, es aún más triste saber que lo nuestro nunca fue realidad. Te amé una vez, como nunca había amado a alguien, pero no nos encontramos, de la misma forma en que no podremos encontrarnos jamás. Ahora tengo que irme, pero no te olvidare, porque eso borraría la importancia de lo nuestro, o bueno, de lo mío, porque en la soledad de mi cuarto te amé, te adore, aun estando tan lejos fuiste mía en la locura de mi mente, te amé y te fui fiel como jamás nadie lo será contigo, ni siquiera si pudieras volver a vivir y estuvieras dispuesta a quererme. He dejado todo, inclusive la vida por quererte, por amarte, lo he dicho: te amo.

"mis alas se han quemado de tanto amar"

Al final de aquel día una carta apareció en el bolso de Mariana, está la abrió y comenzó a leerla, por momento creía ver en ella la luz de algún sentimiento que rápidamente se ahogaba, un par de lágrimas un tanto flojas brotaron de sus ojos, y en ello, Julián había puesto más allá de su vida. Al final de leer la carta, Julián se dio cuenta que su amada no paraba de bostezar, dándose cuenta que aquellas lágrimas eran de sueño y no de amor. Julián recobró su carta del césped del parque en donde se encontraba y la guardó en su bolsillo, entre risas y lágrimas tomó lo poco que le quedaba y se lo llevo a su nuevo hogar. Estaba tranquilo, estaba feliz, su amor estaba libre.